

DISERTACION

SOBRE

EL SUDOR DE SANGRE

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

I. Diversos efectos de la consideración de los sufrimientos y humillaciones de Jesucristo.

II. Diversidad de lecciones de los antiguos ejemplares griegos y latinos, sobre el sudor de sangre que tuvo en su agonía Jesucristo.

LA consideración de los sufrimientos, humillaciones y muerte de cruz de Jesucristo, ha causado en los espíritus efectos muy diferentes: de todo eso han sacado los fieles materia de edificación y motivos de creencia; y los infieles, de escándalo y de incredulidad. Hasta el día de hoy el Salvador es para unos olor de muerte para su desgracia, y para otros olor de vida para su salvación (1); Jesucristo crucificado siempre fué para los Judíos incrédulos y malos cristianos, locura y escándalo, y para los verdaderos fieles ha sido la virtud y fuerza de Dios: *Verbum enim crucis percunibus quidem stultitia est; iis autem qui salvi sunt, Dei virtus est* (2).

La agonía de nuestro Salvador en el jardín de las Olivas y su sudor de sangre, ha sido considerado por unos como una prueba de la verdad de su carne y de su humanidad pasible, y sujeta á las enfermedades de la humana naturaleza, y de ahí han tomado un argumento contra los que sostenían que ni había encarnado ni padecido mas que en la apariencia (3). Otros temiendo que los enemigos de la religion abusasen atribuyendo á Jesucristo debilidades que creían indignas de él, borraron de sus libros el lugar donde se hablaba de eso; de suerte que hasta el día de hoy existen muchos ejemplares griegos, como tambien en otro tiempo los hubo latinos, donde no se leían tales sucesos (4): *Nec sane ignorandum nobis est, dicitur S. Hilario, et in graecis et in latinis codicibus quampurimis, vel de adventiente angelo, vel de sudore sanguinis, nil scriptum reperiri* (5). Y añade que eso ningún perjuicio puede causar á la verdad, ni tampoco dar ventaja alguna al error por la misma variedad de los ejemplares, y de la incertidumbre en que quedamos de su verdadera lección: *Ambigentibus igitur utrum hoc in libris variis aut desit, aut superfluum sit; incertum enim hoc nobis relinquatur de varietate librorum*, &c.

(1) 2. Cor. n. 16.—(2) 1. Cor. n. 18.—(3) Vide Epiph. Ancorat. c. 31. 32. 33.—(4) Desert. in MSS. Alex. Bodl. 4. 5. Cod. Leicestr. Coptit. Paris. 6. Syrii quidam teste Photio, ep. 138. Plurim. Latini, testibus, Hieron. l. ii. contra Pelag. et Hilar. l. x. de Trinit. Plures Graeci, teste Epiph. Ancorat. c. 31. 32. 33.—(5) Hilar. de Trin. l. x. c. 41.

DISERTACION SOBRE EL SUDOR DE SANGRE DE JESUCRISTO. 395

S. Gerónimo, escribiendo contra los pelagianos (1), dice que en algunos ejemplares griegos y latinos se lee este pasaje: *Se le apareció un ángel del cielo que vino á fortalecerlo; y habiendo caído en agonía, redobló su oración, y experimentó un sudor como de gotas de sangre que corrían hasta la tierra* (2). Infiere de esto que nuestro Salvador quiso reducirse á tal estado de debilidad, que necesitara de un ángel que lo fortaleciera; y atribuye su sudor de sangre á la vehemencia y fervor de su oración: *Tam vehementer orabat ut guttae sanguinis prorrumperent ex parte, quem totum erat in passione susurus*.

S. Hilario (3) sostiene lo contrario, que ese sudor de sangre es del todo milagroso y sobrenatural, sin que de él deba inferirse la debilidad del Salvador, pues antes bien es prueba de su omnipotencia: *Sudorem vero nemo infirmitati audebit deputare; quia et contra naturam est sudare sanguinem; nec infirmas est, quod potestas non secundum naturae consuetudinem gessit*.

El venerable Beda (4) copió casi palabra por palabra á S. Hilario, y cree que el sudor de Jesucristo era totalmente milagroso, y que echaba por tierra la heregia que afirmaba que solamente fue fantástico y aparente; y no dudaba que ese sudor de sangre, pues forma una alegoría de la tierra regada con su sangre, para mostrar que por el mérito de su pasión debía salvar al mundo. S. Epifanio (5) reconoce que los católicos fueron los que en muchos ejemplares griegos borraron ese pasaje de S. Lucas temiendo las consecuencias que se podrían sacar, no hallando en eso muestras de fortaleza. Añade que S. Ireneo se sirvió de ese pasaje en su obra contra las heregias (6) para probar la realidad de la encarnación.

S. Epifanio (7) igualmente se sirve de él para apoyar el mismo dogma, mostrando que las lágrimas y el sudor son cosas puramente corporales; y que si apareció un ángel á Jesucristo para consolarlo y fortalecerlo, no se debe atribuir á debilidad del Salvador, ni á que tuviera necesidad del socorro ó del consuelo de los ángeles, aquel ante quien doblan la rodilla el cielo, la tierra y los infiernos (8). Grocio (9) conjetura que no se há hecho semejante variedad en los ejemplares sino por la autoridad de los obispos; pero es mucho mas verisímil haberlo sido, como otras muchas, por la temeridad de los copiantes ó por el escrúpulo de algunos semiliteratos, que creyendo este pasaje ofensivo á Jesucristo, juzgaron oportuno el borrarlo ó notarlo al margen como peligroso; lo que despues dió lugar á los que transcribieron sus libros para suprimirlo enteramente.

Eso sin embargo no impidió que se hubiera conservado en los mas de los manuscritos antiguos, así griegos como latinos, y el día de hoy lo leemos en todos los impresos. Desde ántes se ha visto la apología que sobre eso hizo S. Epifanio, y el argumento que saca en su favor por haberlo citado S. Ireneo. S. Hipólito tambien lo cita (10) así como S. Justino en su Diálogo contra Trión (11), S. Juan Crisóstomo (12), Annonio en su Concordia,

(1) Hieron. l. ii. Dialogi contra Pelag.—(2) Luc. xiii. 43. 44.—(3) Hilar. loco cit.—(4) Beda in Lucam, l. 6. c. 22. p. 429.—(5) Epiphian. Ancorat. c. 31.—(6) Ireñ. l. ii. c. 32.—(7) Epiph. Ancor. c. 37. p. 42.—(8) Philipp. h. 10.—(9) Grot. ad Luc. xii. 41.—(10) Hippolyt. martyr. contra Noctum. c. 13. ed. Fabric. Item. ser. de Resurrect. apud Anstax. Sinait. in Hodege, p. 356.—(11) Justin. Dialog.—(12) Chryz. in Matth. hom.

S. Agustín en el libro de la Harmonia y Concordia de los evangelistas, y despues los demas padres. Focio (1) escribió á su amigo Teodoro que se guardase bien de quitar este pasage de que se trata, llevado de la autoridad de ciertos siros que lo borraron de sus libros como extrangero al verdadero texto de S. Lucas. El motivo que los obligó á ejecutar esta supresion fué parecerles indecente que Jesucristo estuviere tan oprimido del dolor y de la tristeza, que llegara á sudar sangre. Esos siros verisimilmente son los armenios, porque Nicón (2) atestigua que quitaban este lugar del Evangelio como tambien la historia de la muger adúltera.

III.
Opiniones de los comentaristas sobre la agonía del Salvador y el sudor de sangre que experimentó. ¿En qué consistía la agonía?

Despues de haber referido la opinion de los padres tocante á la variedad de lecciones que sobre este lugar se advierte, así en los antiguos ejemplares griegos como en los latinos, conviene al presente examinar el sentido de ese pasage, y reunir las opiniones de los comentaristas. Dice pues S. Lucas que Jesucristo (3) *habiéndose caído en agonía, redobó su oración, ó según el texto latino, hizo oración por un tiempo mas dilatado* (4); pero en el griego se lee que *oraba con mas fervor*, mas vehemencia, mas afecto, y mas perseverancia. La agonía del Salvador era un temor de que se hallaba poseído en vista de la muerte y tormentos que le esperaban; la palabra griega *agonía*, propiamente significa el movimiento de un hombre de valor que se encuentra en un grandísimo peligro: no se abate, no se acobarda; pero sí se preocupa, y se conturba, sin embargo de resistir á la turbacion y al temor; y esta misma resistencia es la que causa en parte su pena y su agonía; porque *agonía* en griego significa combate, peligro. Jesucristo se entregó libre y voluntariamente á esta agonía, á este combate, y á este dolor.

Ligfoot (5) se imagina que el ángel no se presentó á Jesucristo sino cuando ya habia sufrido un fuerte combate contra el demonio, que se le apareció bajo una figura espantosa y terrible, y explicó contra él toda su rabia, su fuerza y su furor. Entonces pues vino el ángel á fortalecerlo contra el demonio en ese combate: *In agonía*. Es singular esta opinion y carece de pruebas. Ninguno de los cuatro evangelistas habla de la aparicion del demonio en toda la historia de la pascion del Salvador.

IV.
Opiniones diversas sobre el sudor de sangre que Jesucristo experimentó en su agonía.

Dice S. Lucas que al Señor *le vino un sudor como de gotas de sangre, que corrían hasta la tierra*. Sobre esto se forman muchas cuestiones: 1.º Algunos (6) sostienen que no puede mostrarse invenciblemente por el texto de S. Lucas que Jesucristo haya tenido un sudor de sangre, sino solamente *un sudor como de gotas de sangre*, es decir, un sudor ordinario, pero mas espeso, mas abundante, y que formaba sobre el cuerpo del Salvador ciertos grumos como gotas de sangre, las que se fijaban sobre su cuerpo, y algunas de ellas caian hasta la tierra. Citan á S. Justino mártir, que no habla de sangre, sino solamente de sudor (7). S. Hipólito en los dos lugares en que hace alusion á este pasage de S. Lucas, no habla mas que de sudor. Teofilacto y Eutimio

84, pag. 872.—(1) Phot. ep. 135.—(2) Nicen. de pessima religione Armen.—(3) Luc. xxii. 48. 44.—(4) Grot. Eram. Vatab.—(5) Ligfoot. Hor. Helr. in Luc.—(6) Vide Grot. Ham. Price et Binev. de Morie Christi, l. u. p. 130.—(7) Justin. Dialog. cum Tryphon.

notan tambien que este evangelista no dice que le sobrevino *un sudor de sangre*, sino *un sudor como de gotas de sangre*; mas el texto no sufre esta explicacion. La palabra griega *thrombos* de que el evangelista se sirve, significa propiamente sangre coagulada. Así es como los médicos la explican. Ellos llaman *thrombos* á una sangre cuajada, y á un tumor que algunas veces se forma despues de la sangria por una poca de sangre extravasada que se fija y se cuaja al rededor de la piel. No sucede lo mismo con el sudor, pues este no se coagula. Así estando compuesto el sudor de Jesucristo de sangre y sudor ordinario, ó mas bien, habiendo aparecido estos casi á un mismo tiempo sobre su cuerpo, la sangre se coaguló desde luego, y cayó hasta la tierra llevada por la fluidez del sudor que la servia como de vehiculo; ó bien el de sangre siendo abundantísimo corrió hasta la tierra, siendo auxiliada para tomar este curso por la humedad que el sudor deja sobre la piel, y habiendo caído en tierra, se cuajó al instante.

2.º Otros creen que era un sudor de sangre pura. S. Agustín (1) parece haberlo entendido así. Jesucristo, dice, sudó sangre por todo su cuerpo, para denotar la que debían derramar los mártires que son su cuerpo, es decir su Iglesia: *Toto corpore sanguis exibat, ita Ecclesia ejus habet martyres; per totum corpus ejus fusus est sanguis*. Esta opinion parece ser tambien la de Maldonado (2) y del venerable Beda.

3.º Focio (3) quiere que S. Lucas en el lugar de que se trata, simplemente denote de un modo exagerado é hiperbólico el dolor, la pena y extremo abatimiento del Salvador: se sirve para esto de una expresion proverbial que usamos comunmente diciendo de un hombre que ha sufrido mucho, *que ha sudado sangre y agua*; de la misma manera para manifestar que Jesucristo fué abrumado de tristeza en el jardín de las Olivas, y que allí sudó de un modo muy abundante y extraordinario, dice el evangelista que virtió como gotas de sangre, un sudor que corría de todo su cuerpo: en una palabra, que sudó sangre y agua: *Salsaque per artus sudor iit*. Teofilacto y Eutimio favorecen esta explicacion.

4.º Ya hemos notado que S. Hilario atribuya este sudor á un milagro, y que con él probaba, no la debilidad de Jesucristo, como hacian los arrianos y los enemigos de su divinidad, sino su fortaleza y su omnipotencia: *Nec infirmilas est quod potestas non secundum naturae consuetudinem gessit*.

5.º Por último, la opinion mas comun es, que este sudor de sangre era natural, pero mas copioso y mas fuerte que los ordinarios. En efecto hay muchos ejemplos de sudores de sangre que nada tienen de milagrosos, y que aparecen en los peligros imprevisos y en los grandes temores.

Todos convienen en los poderosos efectos que las pasiones causan en el cuerpo humano, y de esto vemos diariamente finestimos ejemplos. Es tan íntima la union del alma con el cuerpo, que ni ella puede turbarse sin que el cuerpo sea atacado, ni tampoco el cuerpo puede ser tocado, sin que el alma se resienta.

(1) Aug. in Ps. xci. 11.—(2) Maldonat. in Matth. xxvi. 37.—(3) Photius. ep. 138. ad Theodor.

V.
Explicacion física del sudor de sangre que es

¿Qué efectos, por ejemplo, no causa en los mas de los hombres la pequeña viruela, ó alguna otra enfermedad contagiosa? Al instante la sangre se encuentra tan agitada, las oscilaciones tan desordenadas, y las secreciones tan turbadas, que una persona sin la menor dilacion contrae esta enfermedad, y cae en accidentes tan perjudiciales que pocas veces se curan. ¿Qué efectos no produce un exceso de alegría, pues la historia nos muestra personas que por ello han muerto! Entiendo aquí por pasiones todas las emociones que el alma naturalmente siente con ocasion de los movimientos extraordinarios de la sangre y de los espíritus animales.

Jesucristo pues, tuvo esta clase de pasiones que S. Juan Damasceno (1) llama *naturales et innoxias*, es decir que necesariamente se hallan en la naturaleza humana, sin causar imperfeccion alguna de gracia ó de ciencia. La única diferencia que hay entre las pasiones de Jesucristo y las nuestras es, segun el mismo padre, que en nosotros previenen la accion de la suya: y como dice S. Agustín: *Hos motus certissimae dispensationis gratia, ita cum voluit suscipit animo humano, sicut cum voluit factus est homo* (2). Si el Salvador durante su vida tuvo esas pasiones, nadie podrá dudar que tuvo muchas muy diferentes en el jardin de las Olivas, y principalmente la del temor de la muerte, pues dijo: *Mi alma está triste hasta la muerte* (3). En ese momento sintió todo el horror de la que iba á sufrir ignominiosamente, y su prescencia divina se la hizo ver con todas sus circunstancias. Ve allí la certidumbre, y siente todos los ultrajes y oprobios que iba á experimentar: se abandona á todas las reflexiones las mas terribles; la miseria del hombre, la gravedad del pecado, la ingratitude, crueldad y ceguera de los Judíos, la debilidad de S. Pedro, la cobardia de sus apóstoles, todos estos objetos de una vez vienen sobre su espíritu: por último teniendo como suspensa y contenida la fuerza de su divinidad, quedó por decirlo así, abandonado de Dios su Padre, pues dijo: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me* (4)? y se entregó voluntariamente á la mas grande tristeza y al dolor mas cruel que puede padecer la humanidad.

Entonces todas esas pasiones juntas en un mismo instante contuvieron desde luego el curso de los espíritus, debilitaron el movimiento de la sangre, y por consiguiente todas las secreciones; pero despues Jesucristo fortalecido por el ángel, estando sumiso á la voluntad de Dios, y su amor inflamado por la salud de los hombres, y resuelto á sufrir la muerte, recobraron los espíritus su curso natural, los poros de la piel se ensancharon, y la sangre corrió con el impetuosa corriente de sus aguas, se hincha, pero roto el obstáculo, se derrama con la mayor fuerza; de la misma manera tambien que en el acceso de las fiebres ardientes, en el eretismo de todos los sólidos la piel queda áspera y seca, mas luego que pasa el acceso las contracciones forzadas se disminuyen, y por un sudor abundante repentinamente aparece la crisis.

(1) Damasc. l. iii. de Fide. c. 30.—(2) Aug. l. iv. de Civ. Dei.—(3) Marc. xiv. 34.—(4) Marc. xv. 34.

Esto es lo que vemos acaecer todos los dias en las personas tocadas de temor y de espanto. La palidez desde luego se pinta en su rostro, todo su cuerpo entra en debilidad y temblor, y ellas permanecen asi, mas ó ménos, segun es mas ó ménos grande el temor; en seguida si este dura, ó considerablemente se aumenta, el corazon palpita; sobreviene una humedad en toda la piel, despues un sudor, y en algunas personas tambien sangre por la nariz ó diarrea.

Acacien esos síntomas porque en el primer instante del temor se debilita el movimiento de los espíritus animales, y las contracciones del corazon son ménos vigorosas y frecuentes; por consecuencia el corazon presta menos sangre que la necesaria á las arterias, así de la cabeza como de las extremidades; de donde viene desde luego la palidez del rostro, el temblor de todo el cuerpo y la debilidad en las piernas. No recibiendo las arterias sino poca ó ninguna sangre, por el propio peso de esta y por el resorte natural, no dejan de vaciarla en las venas que la contenian en el primer instante del temor: de este modo vaciándose siempre las arterias, y llenándose mas y mas las venas, llevan al corazon una cantidad de sangre mayor que la ordinaria. El corazon, no habiendo provisto de sangre por un momento á las arterias, y recibiendo siempre de las venas, se encuentra lleno; por lo que los lados de sus ventriculos se ven obligados á dilatarse; sus fibras y sus nervios están forzados mas allá de lo que pide el resorte natural, y de este modo se ve necesitado á contraerse para desembarazarse de la sangre superflua que siempre envian allí las venas. Mas como un cuerpo elástico se contrae á proporcion de su dilatacion, puede juzgarse cual será entónces el esfuerzo y la poderosa presion del corazon.

Porque si en estado de sanidad la fuerza de la contraccion ó de la vibracion de solo el corazon, separadamente de las arterias, es igual á un peso de tres mil libras en cada pulsacion (1), ¿cuánto deberá aumentarse en el acceso del temor! El corazon pues se contraerá entónces para arrojar la sangre sobreabundante; sus fibras y sus nervios entrarán en juego; sus oscilaciones redobladas comunicarán sus movimientos y sus undulaciones á las arterias, que por entónces están tambien en contraccion, arrojarán la sangre con impetuosidad hasta las extremidades capilares aun de los vasos de la piel, que ordinariamente no reciben mas que la parte serosa de la sangre; de allí sobreviene despues de la palidez una palpitacion, una transpiracion forzada y precipitada que al principio produce humedad, y despues causa el sudor.

Es fácil explicar ahora cómo puede sudarse sangre en una grande afliccion. Para eso debe notarse; primeramente, que el cuerpo humano está compuesto de arterias y de venas; con las que forman un vaso continuado (2), no siendo mas que una arteria recordada; que la extremidad de la arteria es la punta de un cono (3) que termina en ese lugar; y que la vena que de allí nace lo es de otro (4) que comienza allí mismo; de manera que la arteria ancha

(1) Borelli, de Motu animalium.—(2) Bellini, de Motu vitæ, p. 146.—(3) Strom. Theoria necæ, p. 31.—(4) Strom. ibid. p. 83.

hacia el corazon, insensiblemente se va estrechando mas y forma ramificaciones á derecha y á izquierda, por donde se separa la parte blanca de la sangre, que es la materia de todas las secreciones, y por consiguiente de la nutricion de la transpiracion insensible y del sudor.

Lo segundo, que el sudor se hace por los poros de la piel que son los orificios de las glándulas cutáneas, y la transpiracion insensible por una infinidad de otros poros mas pequeños.

Lo tercero, que durante la débil contraccion del corazon en el primer instante del temor, las extremidades de los nervios que están unidos con los vasos de la piel, no estando mas extendidos por los espiritus animales, que siempre los tienen en un resorte natural, para que sean susceptibles de la sensacion del tocamiento, y estando el movimiento del corazon algo debilitado, deben estar relajados: así los poros de la piel se encontrarán mas abiertos con tanta mayor facilidad, quanto que los anatomistas modernos mas exactos (1) han descubierto, que en cada poro de la piel hay una pequeña pellicula formada en semicírculo, que sirve como de válvula ó sopleto, y que abrazando las fibrillas de los nervios, unas veces los comprime, otras los relaja, y por consiguiente abre ó cierra los poros de la piel.

Por otra parte la experiencia ha demostrado que esos poros pueden abrirse de tal manera, que por ellos sale no solamente sangre, sino tambien arenas pequeñas en los gotosos (2); y Vanderlinden (3) asegura haber tenido los poros tan abiertos, que ha metido en ellos un grano de cebada.

Supuesto todo esto, si admitimos un espanto extraordinario, el horror de una muerte ignominiosa, una falta general de todo consuelo, una grande fluidez en la sangre, y los espiritus muy sutiles y fáciles para ponerse en movimiento, no será difícil concebir la causa natural del sudor de sangre del Salvador.

Porque segun nuestros principios, habiendo estado el corazon en el primer momento de su temor muy tarde en su movimiento, encontrándose lleno de sangre, y viéndose obligado para desembarazarse á enviar con violencia á las arterias vacias, capaces de muchos mayor resorte, una sangre muy sutil, llena de espiritus contentidos golpes del émbolo, y contrayéndose tambien con fuerza las arterias, la sangre será llevada con impetu hasta las arterias capilares; mas la sangre por las reiteradas contracciones del corazon y de las arterias deberá necesariamente aumentar su movimiento intestinal y progresivo; por consiguiente los principios de la sangre se mezclarán juntamente, se hará una especie de descomposicion de su tejido, la parte roja será mas atenuada, mas desmenuzada y mas confundida con la serosa, y por tanto no hará sino un cuerpo solo con la serosidad.

La sangre pues aumentada en la arteria, y fuertemente impedida por la potencia del corazon, unida á la de las arterias, hace esfuer-

(1) Malpighi, primer medico de Inocencio XII. y Verheyen, en su Anatomia. — (2) Anton. Benivenius, de albidis morbor. Causis, c. 4. — (3) In Physiologia, c. 16. art. 13. sect. 24.

zo hácia la extremidad de la llamada *capilari*; pero como los diámetros de un vaso no se extienden ni á proporcion del volumen de la sangre que llega, ni al de la impetuosidad que la impele, es necesario que pierda alguna fuerza en las extremidades capilares, donde forma un dique á la sangre que envia el corazon siendo empujada principalmente en los tubos cuyo diámetro se angosta á proporcion que se alejan de él. De esta manera siendo enviada en linea recta por el corazon, oprimida lateralmente por la sistole de las arterias, y encontrando enbarazo en las extremidades capilares sin regla y sin retroceso, echada de todas partes, y no buscando sino como escaparse, se verá obligada á tomar con la serosidad el camino de los vasos, cuyas bocas se encontrarán abiertas en su canal.

Mas como ya hemos dicho que la arteria arroja á derecha y á izquierda los ramos que separaban la materia de la transpiracion y del sudor, la sangre seguirá por eso el camino de la serosidad hasta las glándulas cutáneas, en donde encontrando los poros muy relajados y abiertos, desnudos de espiritus animales, saldrá por ellos y formará un sudor sanguineo. Del mismo modo que en una tos violenta se escupe sangre, no porque siempre se rompen los vasos del pulmon (pues esto pocas veces se curaría), sino porque por la fuerte contraccion de él, los diámetros de los vasos son forzados, y la sangre por eso toma el camino de las vegigillas del pulmon: del mismo modo en la inflamacion del ojo, los vasos linfáticos que se extienden sobre lo cornea, se cargan de sangre, y por tanto en el momento se pone rojo: se sangra, y cesa la inflamacion, porque quitando una porcion de sangre se desahoga y vuelve á tomar su ruta ordinaria. Así como por la misma razon se explica la observacion constante de la sangre que se ve salir muchas veces de las nodrizas por falta de leche, aunque esas glándulas sean como las de la piel, pero es porque estas son un conjunto de vasos (1).

Finalmente, por estos mismos principios puede darse una idea razonada de la cruel y nueva enfermedad que padecen los Polacos, que llamamos *Plica polonica*, en la que todos los cabellos y pelos del cuerpo vierten sangre. El médico Juan Stadler fue el primero que la observó en 1564, segun la relacion de Hércules Saxonia, médico de Padua (2). Los cabellos se aumentan, se engruesan extraordinariamente, se ensortijan y se enredan; se crece vea una cabeza de Medusa, ó de mil serpientes, como la fingen los poetas: aquellos algunas veces son tan gruesos como un dedo, dice Sclienkio (3), y la barba crece de modo que suele llegar hasta el vientre.

Lo que hay mas admirable y singular en esa enfermedad, es que el médico debe procurarla; y guardarse de pretender curarla cortando los cabellos ó rasurando la barba, porque Luis Sinapi dice (4) haber visto personas con excesivo dolor de cabeza; despues una inflamacion de ojos, y por fin cegar por haberse cortado el pelo. En el instante pues, que un hombre se queja de un fuerte dolor de cabeza, de mal de ojos, cólico ó dolores vagos de gata, que son los síntomas de la *plica*, el único remedio que hay es frotar la cabeza con

(1) Bergerius, de Natura humana, p. 113. Pitcairni, Dissert. p. 29. Ruyssch. Theaur. passim. — (2) In tract. de Plica, p. 11. Patavii, 1603. in 4.º — (3) Primo lib. Observat. de capite. — (4) Alesurda vera, seu paradoxo medica, in 8.º Genæ, 1697.

el cocimiento de yerbas finas, especialmente de la *blanca-ursina*, para hacer venir la *plica*. Luego que este sintoma aparece, los dolores y enfermedad cesan, y se deja á la naturaleza el cuidado de la curacion: si se quieren peinar los cabellos, picarlos con una aguja ó cortarlos, vierten una sangre negra, espesa y en abundancia, el enfermo padece dolores inconcebibles y frecuentemente tambien la muerte. La causa de este espantoso mal no es como al principio se creyó, la suciedad que se atribuye á los Polacos, porque se acuestan sobre la tierra, pues tambien la padecen los grandes señores; mas bien proviene del aire frigidísimo de ese pais, que hace difícil la transpiracion, de la gran cantidad de aguardiente, del vino de Ungría, de la mucha cerveza que beben, de las malas aguas, y de las viandas saladas muy cargadas de especies que comen, de lo que ha venido el proverbio, que los Polacos comen y beben fuego. Me he extendido un poco sobre esta enfermedad singular, pero creo que la novedad del asunto disculpará la digresion. Los que desearon un pormenor mas circunstanciado, á mas de los dos autores ya citados, podrán consultar á Juan Agricola (1), á Rodrigo de Fonseca (2), á Juan Colle (3), á Jano Abraham de Gehema (4), á Miguel Geleró (5), á Juan Tomas Minadous (6), á Teofrasto Veridico, escocés (7), y á Onofre Bonfigli (8), que han escrito particularmente sobre esta materia.

He aquí la explicacion física que juzgo ser la mas simple y natural que puede darse del sudor de sangre. Pero como los hechos y la experiencia mueven mas, y persuaden mejor que todos los discursos, que no deben fundarse sino sobre las observaciones, voy á referir muchos ejemplos de sudores semejantes tomados de historiadores los mas dignos de fe, y de las observaciones de la mayor parte de los médicos así antiguos como modernos.

Hemos visto un gran número de ejemplos ciertos de sudores de diferentes colores y calidades. Avicena (8), refiere haberlos visto amarillos y verdes: y en otro libro (9) dice haber visto uno negro como la tinta, enasado por la melancolía. Olao Borriquo (10) dice haber sido testigo de otro semejante en una muger física, que la curó enteramente. Alsaravio, árabe (11), hace mencion de un sudor totalmente rojo y lleno de arena. Las Efemérides de Alemania los describen de leche, aceitosos, verdes, violados; y Gelly y Geoffroy, médicos de la facultad de Paris, vieron un enfermo que despues de las viruelas, murió á los veinte dias con un sudor totalmente azul que tiño de este color su gorro y sábanas. Por último, se han visto sudores de orina que acacidos por la retencion de esta, hedian como los excrementos (12); y Apuleyo en su apologia primera, dice que Craso habiéndose bañado una segunda vez despues de una gran comida, tuvo un sudor de vino. Francisco Cipeo (13)

VI.
Ejemplos de sudores de diferentes colores y calidades, y especialmente de los de sangre.

(1) De Helotide, seu Plica Polonica. Basilea. Decade 4. Disputatio. Joan. Gena. lib. in 4.º 1829.—(2) Consultationes medicae, ubi de Plica, Vnetis, 1618, in fol.—(3) Methodus curandi juvenis, ubi de Plica, Vnetis, 1628, in 4.º—(4) De morbo Plica. Haga-Comitis, 1683, in 8.º—(5) De Plica, Decade 3. Joan. Gualtheri, Basilea, 1629, in 4.º—(6) De corporis turpiditibus. Petrus. 1600, in fol.—(7) Plicanastis, Punitzer, 1608, in 4.º—(8) De Plica, Uratolavio, 1712, in 4.º—(9) Lib. n.º c. de sudore.—(10) In Cautio.—(11) Acta Hofiensis. Bartholin. 1672. l. i. p. 155.—(12) Lib. Practic. sect. 2. tract. 31. c. 19.—(13) Appendix. Ephemerid. Germanic. an. 1688.

asegura haber visto un hombre que despues de haber bebido mucho vino de España, tuvo un sudor con el mismo color y olor; y Cristiano Mencilero en las Efemérides de Alemania habla de uno de azafrañ por haber una persona mezzado en sus alimentos el rubiarbo. Siendo constantes estos hechos, prueban perfectamente la posibilidad de sudor de sangre contra Scaligero, que en su *Scaligerana* dice que Aristóteles se engañó creyéndolo; que es imposible, y que jamás ha leido que alguno lo haya tenido.

Tambien hemos leido muchísimas observaciones de sangre que se vierte ó se trasuda por algunas partes determinadas. Alguna vez sale por las orejas, por los ojos ó por las encías. Bartolin (1) dice haber visto una muger que la echaba en gotas del rostro ó de la mano izquierda, con solo tocarla. Siempre que George Castriot, rey de Albania, por sobrenombre *Scanderberg* (2) que quiere decir, señor Alejandro, sahía al combate contra los Turcos de quienes era el mas cruel enemigo, arrojaba por los labios un sudor sanguíneo: tambien lo hemos visto igual bajo los sobacos.

Henrico de Heres (3) dice que todas las veces que un flamenco bebia las aguas espadanas, volvia de la fuente por las mañanas goteando sangre bajo de los sobacos. Gaspar Pezoldo (4) refiere lo mismo de un hombre de sesenta y seis años, que tambien la sudaba por entre la abertura de los dedos de los piés. Antonio Benivenio (5) dice que un hombre de treinta y seis años la vertía todos los meses por un poro de la piel cerca del hígado; y que habiendo sido llamado para verlo, y no encontrándose en ese lugar ni cicatriz ni abertura, dudó al principio del hecho; mas habiéndolo vuelto á ver despues de un mes, le vió salir hasta una libra de sangre del mismo lugar, y que despues no quedó en este punto señal alguna. Fernel (6), primer médico de Henrique II, y médico de la facultad de Paris, afirma tambien haberla visto salir de los vasos capilares de la piel en la region del hígado.

Finalmente, está fuera de toda duda el que hay sudores generales de sangre. Las causas son externas ó internas. La externa proviene de una serpiente nombrada *Haemorrhoidis*, ó *vierte sangre*, nombre que tiene por este efecto. Diodoro de Sicilia (7) dice que su mordedura causa primero extremos dolores, y que despues su veneno disuelve de tal modo el tejido de la sangre, que la hace brotar en forma de sudor por toda la piel. Nicandro habla de esto en su Tratado de la triaca; y Luciano en su Farsalia, lib. ix. describe los efectos en estos términos:

Sic omnia membra

Emiserit simul rutilum pro sanguine virus.

Sanguis erant lacrymae, quaecumque foramina nocit

Humans, ab his largus manat error: ora redundant,

Et palato narex: odor rubet: omnia plebis

Membra fluunt: totum est pro valente corpus.

(1) Pandam. Medica physica, part. 2. c. 3. art. 17.—(2) De Cruce Hippomnem. 4. de sudore sang.—(3) Marinus Barletius de vita et morte Scanderbegi, cum epistone Georg. Bertholi, Pontiani a Breitenberg.—(4) Observation. medicae variores, seu fons Spadanus. Lugd. Batavor. in 12.º 1685. Observation. 23.—(5) Observation. Uratolavica, 1715, in 12.º—(6) De habitis morbor. Caus. Basilea, in 8.º 1529. p. 20.—(7) Lib. vi. Pathologicae, c. 4. Parisiis, 1567, in fol.—(8) Lib. 17. p. 559.

Jacobo Grevin, médico de la facultad de Paris, en su tratado de Venenos impreso en Amberes en 1568, en 4.º, pág. 85, dice que esa culebra es pequeña, y de la especie de las vivoras; que es de color gris, tiene el cuello muy estrecho, y dos cuernos blancos sobre la frente. George Marggravo en el libro vi. de la historia natural del Brasil, habla tambien de una culebra llamada *Ilyara*, que por su mordedura hace salir la sangre de la nariz, de los ojos, de las orejas, de la boca y tambien de los poros de la piel en tan gran cantidad que pocas veces se cura. El P. Kirquer, jesuita, en su tratado *Scrutinium pestis*, dice que en Quito hay ciertas culebras de dos colas, las que por su picadura hacen salir la sangre de todos los poros de la piel.

Hay tambien cierta planta, segun Galeno (1), que promueve este sudor y debe ser la misma que el P. Kirquer llama *Haenantes*, y que Courtaut en su Apología nombra *Haemagogue* ó *yerba galénica*, muy parecida á la salvia; se le encuentra en los Pirineos, y aplicada sobre la piel produce un sudor de sangre. Pedro de Osmá en una carta escrita desde el Perú en 1568 al médico Monardes, segun refiere Marcelo Donato (2), dice haber conocido un indio que curaba las mas rebeldes enfermedades, frotando y aplicando sobre las covunturas el jugo de una cierta yerba; que cubria la parte despues de bien calentada, y pasado algun tiempo, salia la sangre de todos los articulos en forma de sudor. La mutacion de clima es tambien una de las causas externas, pues los extrangeros que arriban á la América echan sangre por todas las aberturas de su cuerpo, lo cual en la Martinica, se llama la enfermedad de *Siam* (3), ó tambien la sudan por todos los poros.

Las causas internas vienen algunas veces de un aire apestado, pero principalmente de las pasiones del ánimo. En la peste se han visto muchos sudores de sangre, y este es uno de los sintomas mas peligrosos de esta enfermedad. Schenckio (4) dice que en 1554 en la peste de Miscno sudó sangre por espacio de tres dias una muger atacada de esta enfermedad. Conardo, Lycóstenes (5), nota que en 1552 una muger enferma de la peste sudó sangre por todos los poros de la cabeza. Por último se han visto muchos sudores de sangre causados por pasiones violentas; porque sin hablar de los que refieren Aristóteles (6), Galeno (7), Teofrasto Eresio en su Tratado de sudores, y Rondelet (8); Durrio en las Efemérides de Alemania, observacion 173, dice que estando en prision un joven, fué penetrado de un temor tan grande, que cayó en debilidad, y sudó sangre por el pecho, manos y brazos. Rosino Lentillo en las mismas Efemérides refiere que un jovencito cómplice del mismo crimen que sus dos hermanos, condenados á ser colgados, fué llevado á que presenciase el suplicio, y al tiempo de la ejecucion sudó sangre por todo su cuerpo.

[1] Lib. de Medicament. purgant. c. 4.—[2] De Medica Historia mirabilis, Mantuas, in 4. 1596. c. 2.—[3] Se llama así esta enfermedad en ese país, porque se cree que la lievo allí un buque que llegó de Siam.—[4] Observat. 138. l. vi. Francusq. in fol. 1609. Georg. Agricola, l. ii. de Peste.—[5] Prodigior. ac ostentat. Chronicon. in fol. Basilee, 1557. p. 670.—[6] Lib. iii. Historiae animalium, c. 19. et l. vi. partium animal. c. 5.—[7] De utilitat. respiratorum Galeno attribuit. Contingit poros ex multo et fervido spiritu admodum dilatari, ut cecit sanguis per eos, et fiat sudor sanguineus.—[8] Lib. de diognocend. Morbis, c. 2. In juvene studioso propter venarum raritatem, oculorum illorum laxitatem, et sanguinis tenuitatem.

Fagon, médico de la facultad de Paris, en su tesis de 25 de enero de 1665, colorario quinto, se expresa en estos términos: *Exigo sudor sanguinis à naturæ vi, sed et sensibus facta fides est, consecratum virginem, impurissimis scicaris ad eam corrumpendam adolescentibus, stupri horrore, mundissimam sanguinem et venis, sudoris specie, cum vita profudisse.* Collo (1) dice haber sabido de personas dignas de fe, que en 1583 muchos vieron preso en Paris á un hombre, que sudaba sangre. Maldouado afirma igualmente que otro muy sano y vigoroso, oida la sentencia que lo condenaba á muerte, apareció todo cubierto de un sudor sanguíneo. En la vida de Sixto V. (2) se lee que un hombre condenado á muerte sufrió por la noche un copiosísimo sudor de sangre. Mr. Leti, autor de dicha vida, nota que los curiosos que quisieron examinar la causa de un efecto tan sorprendente, creyeron no ser mas que lágrimas que habian tomado ese color por la inflamacion que el dolor y desesperacion habian llevado sobre las glándulas lacrimales, persuadidos de que sin milagro la sangre no podria salir de sus vasos por traspiracion. Esto estaria bien, si allí no hubiera habido mas que las lágrimas de ese miserable que fueran tenidas en sangre; pero la historia habla de un sudor de sangre que se dejó ver sobre todo su cuerpo, y no solamente en sus lágrimas. La Miscelanea de historia y de literatura, del R. P. D. Buenaventura Argona, cartujo, bajo el nombre de Vivillo-Marville (3), habla de una muger que murió en Paris de un sudor de sangre tan excesivo, que despues de muerta, ni una sola gota se encontró en sus vasos. Mr. Detou (4) refiere que habiendo sido arrestado el gobernador de Montmaria por Augusto, hijo natural del principe de Saluzo, y amenazado de muerte si no rendia la plaza, se afligió tanto que sudó sangre y agua.

Finalmente, no puedo dejar de concluir esta Disertacion con la relacion de uno de los sudores de sangre mas singulares acaecido en Génova en 1703, y referido en una carta de 5 de diciembre del mismo año por M. Saporicio, médico de aquella ciudad, é inserta con algunas reflexiones del célebre M. Vallisneri, profesor de medicina en Padua, en las Efemérides de Alemania de 1712, centuria primera, observacion vigésima. Una muchacha de diez y ocho años y con perfecta salud hasta entónces, despues de algunas ligeras indisposiciones del estómago, escupió sangre y tuvo una tos violenta con dolor de costado y dificultosa respiracion. Esta enfermedad duró cuatro dias, al cabo de los cuales la vino un gran dolor de cabeza y muchísima sangre de nariz; flujo que no aliviándola, fué necesario sangrarla del brazo y del pié. La sobrevino una cardialgia, y vomitó sangre, que arrojó tambien por la nariz, y se repitió el vomito á pesar de los astringentes y narcóticos que se la dieron: pasados algunos dias la virtud por las orejas; despues por las extremidades de los dedos de las manos y de los piés, y en seguida por el ombligo y ángulo del oio; sobrevinole un sudor en medio del pecho, y por el interior y exterior de ambas manos, y de aquel lugar del pié donde fué sangrada: pasados tres dias sudó la barba, y por la noche la ex-

[1] Tractat. de sanguine Christi, in 4. Mediolan. 161.—[2] Vida de Sixto X, por Gregorio Leti, l. vi. p. 39.—[3] Tom. ii. p. 178.—[4] *Tauans, Hist. 1.º.*

tremidad de la nariz, lo que duró catorce dias. M. Saporicio dice que sin embargo de estas continuas pérdidas, no era mucha la debilidad; que aparecia una cicatriz como de una ligera picadura en la mano izquierda; pero que no habia señal alguna ni en el pecho, ni en los otros lugares por donde salia la sangre, ni ella sentia dolor sino cuando brotaba por el interior de la mano. Despues de diez dias, reconoció que estaba mas amarilla que lo comun, y que iba á salir, pues la enferma se quejaba muchísimo del dolor de la mano: en efecto la vió salir en forma de sudor y como de una profunda picadura, sin presentarse ninguna señal en la piel despues de haberla enjugado: pasado un momento saltaba la sangre de un poro cercano, despues de otro y el pañuelo que cubria su pecho lo vió tenido enteramente con ella. He aquí lo que M. Saporicio dice haber visto; pero afirma que tres dias despues le refirieron que la sangre que habia salido apareció en forma de cruz, de corona de espinas, y representaba otras figuras de la pasion de Jesucristo. Dijo tambien que al correr esa sangre formaba naturalmente diversas figuras que por una tal cual semejanza con los instrumentos de la pasion dieron motivo á algunas personas crédulas para notarlas con caracteres mas particulares.

Despues de esos ejemplos, no juzgo que se ponga en duda la posibilidad de los sudores de sangre, y que se les quiera mirar como sobrenaturales y milagrosos. Por lo demas, confieso aqui con mucho gusto mio, que debo estos ejemplos y discursos á M. Allod de Mussey, doctor en medicina de la facultad de Paris, y profesor de ella misma, quien tuvo la bondad de participarme sus indagaciones y descubrimientos sobre esta materia; y el modo oficioso con que lo ha hecho, hace todavía mas estimable el don que por mi medio ofrece hoy al público.

DISERTACION

SOBRE

LAS TINIEBLAS

ACAECIDAS EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

I.
Grandeza y certidumbre del prodigio que hace el objeto de esta Disertacion.

Uno de los prodigios mas admirables que acacieron en la muerte de nuestro Señor Jesucristo es el de las tinieblas que cubrieron toda la tierra por tres horas enteras desde el medio dia hasta la tres de la tarde (1), en un tiempo en que nunca se eclipsa el sol, en una estacion en que el aire comunmente está limpio y puro, principalmente en la Palestina, y en aquella hora del dia en que el sol es mas

[1] *Math. xxvii. 45. Marc. xv. 35. Luc. xxiii. 44.*

vigoroso, y su luz mas viva. Este suceso no es de aquellos que solamente son notados por un corto número de personas, ó que pasan en algun lugar retirado y poco conocido. Esas tinieblas se extendieron por toda la tierra: *tenebrae factae sunt super universam terram*, es decir sobre todo nuestro hemisferio, y por consiguiente sobre todo el globo de la tierra, pues acació al medio dia estando el hemisferio opuesto á nosotros entónces en tinieblas; ó cuando menos cubrieron toda la Palestina y los paises vecinos, que en el estilo de la Escritura alguna vez son designados bajo el nombre de *toda la tierra*. Se dejaron ver la vispera de la mayor fiesta de los Judios, y en un tiempo en que casi toda la nacion estaba reunida de todas partes del mundo en Jerusalem para celebrar la Pascua. No es este uno de aquellos fenómenos que pasan en un momento, y que frecuentemente no dan tiempo ni lugar de ser vistos, y de examinar sus causas y resultados. Duró este suceso tres horas en la mayor luz del dia, á presencia de todo el mundo, y en un siglo ilustrado y reflexivo; de manera que reuniendo todas las circunstancias de este milagro; muy pocos presentará la historia que encierren tantos caracteres de certidumbre y tantas señales de la omnipotencia de Dios.

En esta Disertacion nos hemos propuesto examinar la naturaleza, las causas, los efectos, la duracion y extension de ese célebre fenómeno, y pesar segun las reglas de critica los testimonios de los autores profanos que de él han hecho mencion.

Algunos enemigos de la religion cristiana sostenian (1) que las tinieblas que vinieron en la muerte de nuestro Salvador no fueron mas que un eclipse, que sus discipulos por ignorancia lo miraron como un prodigio, sin embargo de ser totalmente natural. Pero los que hacen esta objecion manifiestan en ella su preocupacion y su ignorancia; pues la Pascua judaica, que es el tiempo en que Jesucristo murió, nunca se celebraba sino en plenilunio, y todo el mundo sabe que los eclipses de sol jamas suceden estando la luna llena. A mas de esto pocos son los eclipses en que el disco del sol totalmente se cubre, y que causen tinieblas sobre toda la tierra; por lo comun permanecen un poco de tiempo, pero aquellas duraron tres horas, y se extendieron por todo el mundo: *Et ne forsitan videretur umbra terrae, vel orbis lunae soli oppositus breves et ferrugineas fecisse tenebras, trium horarum spatium partitur, ut omnis causantium occasio tolleretur*, dice San Gerónimo.

Origenes (2), despues de haber notado lo mismo, añade que ciertamente nuestros evangelistas dieron motivo á esta objecion, puesto que en algunos ejemplares de San Lucas se lee que la tierra fué cubierta de tinieblas *por el eclipse del sol: deficiente sole*. Pero responde que esas palabras no se hallaban en los mejores ejemplares; que verisimilmente fueron puestas ó por algun cristiano ignorante que con ellas creyó aclarar el texto del evangelista, ó por algun enemigo mal intencionado que intentó poner un pretexto para calumniar á la Iglesia, como diciendo que los evangelistas pu-

[1] *Apud Origen. in Math. tract. 35. et Hieron. in Math. xxvii.*—[2] *Orig. in Math. xxvii. tract. 35. p. 139. col. 1.*

II.
Opinion de los antiguos sobre la naturaleza, causas, efectos, duracion y extension de este fenómeno.

fueron un eclipse en el tiempo en que todos saben que no puede acaecer. Sea lo que fuere de los ejemplares de Orígenes, lo cierto es que esas palabras *deficiente sole* no se leen en los nuestros; y todos los de San Lucas dicen que *el sol fué cubierto de tinieblas* (1).

El mismo Orígenes (2) dice que los sabios del siglo formaban tambien sobre eso otra dificultad. ¿Cómo es posible, decían, que un suceso tan extraordinario y tan público solamente haya sido conocido de los cristianos, y que ningún escritor griego ó bárbaro haya hablado de él, ni se halle mencionado por los que han publicado anales y relaciones de sucesos semejantes, especialmente siendo este tan reciente? Porque hasta el tiempo de Orígenes solamente ciento ochenta años habian corrido despues de la muerte de Jesucristo (3). El silencio de los autores paganos, añaden, hacen ciertamente este acacimiento muy dudoso, y se hace sospechosa la fidelidad de los evangelistas.

A esto responde dos cosas: la primera es, que esas tinieblas tal vez no fueron tan grandes como se las imaginan, y que no cubrieron mas que la Judea al rededor de Jerusalem; y la segunda que Flegon, autor pagano, hace mencion de ellas.

Por lo que á mi toca, dice Orígenes, creo que así como las otras senales que se vieron en la muerte del Salvador, no se notaron mas que en la ciudad de Jerusalem, pues alli es donde tembló la tierra, se rasgó el velo del templo, se hicieron pedazos las piedras, y los sepulcros se abrieron; así creo que las tinieblas no sucedieron sino en la Judea, ó en la ciudad de Jerusalem, por cuanto la Escritura muchas veces (4) expresa la Judea bajo el nombre de *toda la tierra*; y así no es extraño que los autores extrangeros nada hayan hablado de ellas.

Es cierto, añade, que Flegon en sus anales hace mencion de un eclipse que acaeció en tiempo de Tiberio; mas no dice que fuera en el plenilunio, y ninguna maravilla es que lo haya fuera de él. Orígenes dice más: Si los incrédulos insisten y preguntan, quien causó esas tinieblas si no fué un eclipse, se les puede responder que habiendo notado simplemente los evangelistas que toda la tierra estaba cubierta de ellas sin hablar de sol ni de eclipse, debe creerse que hubo entónces una ó muchas grandes nubes que opuestas al sol interrumpieron la direccion de sus rayos sobre la Judea ó sobre Jerusalem, y causaron esa obscuridad.

Crée que la que acaeció entónces fué de la misma naturaleza que la que cubrió el Egipto en tiempo de Moises (5), que solo se extendía sobre él mientras que el pais habitado por los Israelitas gozaba la misma luz que antes. Esas tinieblas duraron tres dias, y las de Jerusalem solo tres horas. Las primeras fueron figura de las segundas; y así como Moises levantó las manos al cielo, é invocó al Señor para que vinieran sobre el Egipto; así Jesucristo para que cubrieran á la Judea ó á Jerusalem extendió sus manos sobre la cruz

(1) Luc. xxiii. 45. *Et obtenebratus est sol.*—(2) Orig. in Matth. xxii. tract. 35. pag. 128. col. 1.—(3) Jesucristo murió el año 33 de la era vulgar, y Orígenes nació el año 185 de Jesucristo.—(4) 3. Reg. xviii. 19. *Non est gens, aut regnum, quo non miserit dominus mens te requirere.* Luc. v. 26. *Exiit edictum a Cesare Augusto, ut describeretur universus orbis.*—(5) Exod. x. 21. 22.

contra un pueblo ingrato que habia clamado: *Crucificalo, crucificalo*. Pero por espantosas que fuesen, no han sido mas que una figura de aquellas en que hoy se hallan sumergidos los Judios, mientras toda la Iglesia cristiana goza de la luz del Sol de justicia. He aquí en breve lo que dice Orígenes en este lugar.

Pascasio Radbert (1) despues de haber referido la opinion de Orígenes sin nombrarlo, sostiene contra él que aparecieron las tinieblas no solo en Judea y en Jerusalem, sino en todas las demas partes del mundo; que no fueron causadas por nubes interpuestas entre el sol y la tierra, como sucedió en Egipto, cuando con ellas castigó Moises aquel pais, sino que fueron efecto de un verdadero eclipse totalmente milagroso, supuesto que estando la luna en toda su plenitud no podia naturalmente haberlo. Mas si el sol no dió luz, como expresamente lo dice San Lucas: *Sol obscuratus est* (2), explicando por estas palabras lo que San Mateo y San Marcos (3) tenian dicho de una manera mas general: *Tenebrae factae sunt super universam terram*, es decir, que se extendieron las tinieblas sobre toda la tierra, es una consecuencia evidente que no hubo luz en parte alguna del mundo; de modo que entónces tuvo su cumplimiento aquella profecía que dice: *El sol se pondrá al medio dia, y en la mitad del dia la tierra se cubrirá de tinieblas* (4). Cita despues á Orosio, á Flegon y al falso Dionisio Areopagita, que hablaban de este fenómeno acaecido en la muerte de Jesucristo.

San Juan Crisóstomo (5) dice que entónces principalmente fué quando Jesucristo concedió á los Judios *aquella señal del cielo* que le pedian en prueba de su mision (6). Esperó ser crucificado para darles esta prueba de su poder. Cubrió toda la tierra de tinieblas, como lo hizo en Egipto cuando los Israelitas debian celebrar la primera Pascua poco antes de salir de alli. La circunstancia de ser en medio del dia, dice, es tambien muy notable, porque entónces toda la tierra, á lo ménos nuestro hemisferio, estaba iluminado, y repentinamente quedó en tinieblas, á fin de que todo el mundo fuera testigo de este milagro.

La duracion y extension de esta obscuridad, añade, son pruebas de no haber sido un eclipse, pues estos duran poco tiempo, y no obscurecen toda la tierra; pero aquí la obscuridad permaneció por tres horas, y se extendió á todo el mundo. ¿Mas de dónde provino que un suceso tan público y tan milagroso apenas llamara la atencion de los hombres? La causa fué su dureza, su indiferencia y su ignorancia. Unos no tomaron el menor empeño en descubrir la verdadera causa; y otros sin buscar en eso un misterio, lo creyeron efecto de un simple eclipse: los Judios testigos del milagro, ó no lo atribuyeron á Jesucristo, ó lo vieron sin interesarse en él, como habian visto otras muchas maravillas del Salvador sin convertirse. Eutimio y Teofilacto refieren en compendio los mismos discursos de San Juan Crisóstomo sobre este asunto.

S. Gregorio Nacianceno, S. Cirilo de Alejandria, Teodoro de S. Gerónimo y S. Hilario, no reconocen en este acontecimiento ni eclip-

(1) *Paschas. Radbert. in Matth. xxvii. l. 12. p. 1171. et seqq.*—(2) Luc. xxiii. 45.—(3) Matth. xxvii. 45. Marc. 15. 34.—(4) Amos, viii. 9.—(5) Chrysost. in Matth. homil. 88. In Græcia. 88.—(6) Matth. xvi. 1. et Marc. viii. 11. Luc. xi. 16.

se ni nube; sino que creen que el fuego del sol, por decirlo así, se apago; retiró este astro sus rayos, y se le vió sin brillo ni luz, como llorando en alguna manera la muerte del Salvador, y desviando con horror la vista de los mortíferos y criminales Judios. Este astro entonces se cubrió de tinieblas, dice S. Gregorio Nacianceno (1), y volvió después á encenderse, pues antes estuvo como apagado. Retiró sus luces y no despidió sus rayos, dice S. Cirilo de Alejandria (2), no queriendo albramar como antes la tierra.

No se puso el sol, dice S. Hilario (3), sino que de espanto se retiró. No se ocultó entre las nubes, sino que cayó en una especie de desfallecimiento, y no pudo ya continuar su carrera: *Sol non occidit sed refugit. Quid refugisse dicat? Non receptus in nubem est; sed de cursu operis defecit.* El cielo sensible al dolor que toleraba Jesucristo en la cruz, y no pudiendo de otro modo manifestar á los hombres el horror que le causaban los ultrajes que los Judios le hacian sufrir en la mitad del dia, les presentó el sol sin rayos, dice Teodoro (4), é hizo que apareciera cubierto de tinieblas, para dar un testimonio contra su impiedad.

S. Jerónimo (5) aplica al tiempo de la muerte del Salvador aquellas palabras de Joel: *El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre antes de la venida del dia grande del Señor;* y dice que no atreviéndose el sol á mirar á su Criador clavado en la cruz, se cubrió de oscuridad, y esparció una noche lúgubre sobre la tierra; que entonces la luna tambien fué convertida probablemente en sangre, ó apareció como teñida de ella, del modo que sucede en los eclipses; y aunque los evangelistas no hayan notado esta última circunstancia, es muy probable que aun en cuanto á esto se verificó la profecía.

Teruliano (6) insinúa que el sol retiró sus rayos sin que hubiese nubes en la atmósfera, ni otro cuerpo alguno interpuesto que impidiera su luz; faltó repentinamente el dia, estando el sol en medio de su carrera: *Eodem momento dies, medium orbem signante sole, subducta est.* Los paganos, añade, creyeron que esto fué un eclipse, ignorando que estaba predicho (7) y debía cumplirse en la muerte de Jesucristo. Los que han buscado la causa de este acontecimiento, y no han podido descubrirla, lo niegan; mas el hecho es ciertísimo, y lo hallaréis muy bien consignado en vuestros archivos: *Et tamen eum mundi casum relatum in arcibus vestris habetis.* Así es como habla Teruliano á los gentiles. Rufino (8) tambien dice á los paganos por boca de S. Luciano, presbítero de Antioquia martirizado el año 312: *Consultad vuestros anales, y en ellos leeréis, que cuando Jesucristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato, dejó de lucir el sol, y se cubrió el dia de tinieblas extraordinarias.*

S. León (9) reconoce en esta ocasion una especie de eclipse causado por opacidades ó nubes que impedian el paso á los rayos del sol: *Densis tenebris splendor solis obductus, extraordinariae no-*

(1) Greg. Nazianz. orat. 42, ad finem.—(2) Cyrill. Alex. in Joel, n. p. 230.—(3) Hilari. in l. 3. de Trinit. n. 11.—(4) Theodoret. in la. c. 1. p. 6.—(5) Hieron. in Joel, c. 11.—(6) Tertul. Apolog. c. 21. n. 20.—(7) Amos, vii. 9.—(8) Rufin. l. ix. c. 6.—(9) Leo Magn. serm. 51, de Passione Domini, c. 2. et serm. 55, qui est 6. in Passione Domini, c. 4. *Densarum horre et tenebrarum radios solis abscondit. Et serm. 59, qui est 10. in passione Domini, c. 5. Sol sideraque insolitis defectu tenebras mundo vestrae cecitatis ostentat.*

eti sublimiti diei. T. Los los alemeos, dice en otro lugar, se negaron á servir entónces á los Judios. El sol retiró sus luces, y en la mitad del dia quedaron sumergidos en tinieblas; *Vobis sol servitatem suam dieque subtrahit.* Insinúa que no solamente el sol, sino los demas astros tambien se obscurecieron, y atestiguaron su horror por la muerte de Jesucristo.

S. Agustín (1) sin explicar el modo en que eso acaeció, dice ser cierto que el fenómeno fué verdaderamente milagroso y sobrenatural, pues estando la luna en su plenitud, no podia, segun el curso ordinario, acaecer el eclipse del sol. Creia que las señales que deben aparecer en el cielo y en la tierra al fin del mundo segun la prediccion de Jesucristo (2), serán de la misma naturaleza que la oscuridad que padeció el sol mientras el Salvador estuvo en la cruz.

Pueden distinguirse tres opiniones sobre el modo en que acaecieron esas tinieblas. La primera cree que fueron causadas por la interposicion de la luna entre el sol y la tierra; es decir, por un verdadero eclipse; y es así como las explican el pretendido Dionisio Areopagita y los escritores paganos de quienes hablan Orígenes y S. Jerónimo, y que atacaban la verdad de la religion; y así es por último, como lo refieren Flagon y Tallo, supuesto, como lo dicen casi todos los intérpretes despues de Orígenes, Eusebio, Africano y S. Jerónimo, que esos escritores paganos hayan hablado de las tinieblas acaecidas en la muerte del Salvador. A esa opinion puede agregarse S. Leon y Pascasio Rabdert: finalmente, Maldonado (3) afirma ser este el parecer de casi todos los católicos: *Fere apud omnes jam catholicos obtinuit.*

Pero los nuevos comentadores ¿cómo responderán á la autoridad de Orígenes, de S. Jerónimo, de S. Agustín que niegan haber habido un verdadero eclipse? ¿Cómo á la autoridad de los astrónomos, á la experiencia de todos los siglos, y á las razones físicas que demuestran que nunca acaecen los eclipses en plenitud? A eso responden con el testimonio que suponen ser de S. Dionisio Areopagita, testigo ocular, dicen que asegura haberlo visto estando en Egipto, y afirma que por un efecto extraordinario del poder de Dios, la luna que distaba del sol toda la mitad del cielo, retrocedió y vino á ponerse entre el sol y la tierra, así como en tiempo de Ezequias retrocedió el sol diez grados para dar á ese príncipe una señal cierta de la recuperacion de su salud. Dejo á los lectores juiciosos y sabios el calificar si la autoridad del pretendido Dionisio Areopagita merece que se recurra á ella para explicar un milagro tan grande, y un fenómeno verdaderamente sobrenatural, pudiéndose entender de un modo mas sencillo, y sin multiplicar tampoco los milagros.

El segundo modo en que se explica esta maravilla, es aquel de que se vale S. Gregorio Nacianceno, S. Cirilo Alejandrino y Teodoro, y que ha sido adoptado entre los latinos por Teruliano, S. Hilario y S. Jerónimo, quienes creen que el sol contuvo, retiró,

(1) Aug. ep. 199. c. 10. n. 34.—(2) Luc. xxi. 25. *Erunt signa in sole et luna, etc.*—(3) Maldonat. in Matth. xxvii. Vide et Cornel. a Lapide in eandem Matth. locum.

III.
Notas sobre la causa y naturaleza de ese fenómeno. ¿Cuál es la opinion mas probable?

ocultó sus rayos, y negó su luz á los hombres, ó á lo ménos á los Judios; y esto en conformidad con esta profecía de Joel: *El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retirarán su luz* (1). Es decir, que el astro del día por sí mismo se eclipsaría, y en su interior tendría encerrada su luz, sin dejarle salir fuera.

Mas eso parece absolutamente imposible é incomprensible, porque ni la luz es una cosa accidental al sol, ni una cualidad que esté en el poder de este astro suprimirla ó manifestarla. El sol no puede retirar sus rayos, y dejar de lucir, sin dejar de ser. Necesariamente esparré su luz, á ménos que algun cuerpo opaco se interponga entre él y nosotros, y estorbando la impresion impida que lleguen sus rayos á nosotros, como acaece en los eclipses, ó cuando el aire está cargado de nubes y vapores, ó cuando se forma alguna costra sobre el disco del sol. Por tanto, cuando la Escritura y los padres dicen que el sol ó los astros retiran su luz, es un modo de hablar popular y figurado que allí atribuye sentimiento á los astros, para hacernos sentir mas vivamente su ausencia, ó la suspensión de sus efectos.

La tercera opinion por último es la de Orígenes, de S. Juan Crisóstomo, de Teofilacto, de Eutimio y otros, que sostienen que la obscuridad de que hablamos fué causada por nubes gruesas esparcidas sobre la tierra, que semejantes á las de Egipto, produjeron en la Judea tinieblas palpables que duraron tres horas. Esta explicacion es ciertamente la mas sencilla y la mas fácil de concebir; y si se quieren limitar estas palabras *toda la tierra*, á sola la Judea, queda la hipótesis sin dificultad alguna. El milagro consistirá únicamente en la pronta formacion de esas nubes en aquella estacion, en la hora del medio día, y en la disipacion al cabo puntualmente de tres horas.

Mas si se quiere seguir el texto de los evangelistas, que dice que las tinieblas se extendieron *sobre toda la tierra*, es decir, sobre todo nuestro hemisferio, ó cuando ménos sobre toda su mayor parte, podrá recurrirse á esas manchas ó costras que algunas veces se forman sobre el cuerpo de los astros (2), y que impiden el paso á los rayos y á la luz á proporcion de su grosor y tamaño. En esa ocasion las costras pudieran ser mas gruesas y mas grandes que las ordinarias; mas no permanecieron sino cerca de tres horas. Segun esta hipótesis se explica el milagro referido por los evangelistas, no se ve cosa alguna que repugne á lo que nosotros sabemos que acaece en la naturaleza, y se acuerda con Flegon, quien como se verá poco despues, supone que las tinieblas se extendieron por toda la tierra; pues dice que en pleno día se dejaron ver las estrellas; lo que no impide, como advierten Maldonado y Jansenio, que en ese tiempo trabajaran y continuaran como siempre en sus ocupaciones los Judios valiéndose de la luz de las estrellas, y de la poca que estaba esparcida en el aire.

Por lo demas era una cosa ciertamente extraordinaria ver en la mitad del día, en un tiempo en que naturalmente no podia haber eclipse de sol, á este astro enteramente en tinieblas; y si los Judios no hubieran sido tan ciegos como lo eran, sin duda habrían recono-

[1] Joel, n. 10. et m. 15.—[2] Véase á Regis, Física, l. n. part. 2. e. 8.

cido entónces el dedo de Dios, y habrían ocurrido á la clemencia del mismo á quien habrían perseguido hasta la muerte. En esas señales habrían admirado la verdad de las profecías (1), que los amenazaban con la cólera de Dios y con las tinieblas en la mitad del día: finalmente habrían visto que el que iba á morir en la cruz era Señor de los elementos, y que aun en ese estado tan abatido continuaba dando señales de su infinito poder.

Nuestro Salvador quiso hacer brillar su potestad soberana en la cruz mas de lo que habia ejecutado en otras acciones de su vida, á fin de contrapesar de ese modo la impresion que la vista de sus tormentos debia causar en sus discipulos y tambien en los Judios, que mirándolo morir sobre una cruz como un criminal, no les habria sido posible persuadirse, si no hubiera manifestádose entónces un fenómeno sobrenatural, que el era el Mesias y el Dios fuerte prometido por los profetas. La sabiduria de Dios supo disponer de tal manera todas las cosas en la economia del nacimiento, de la vida y muerte de Jesucristo, que las circunstancias mas humillantes fueron siempre seguidas de las mayores muestras de un soberano poder.

Las otras razones que se alegan de lo sucedido entónces, son mas morales, mas populares, y propias mas bien para afectar y edificar: por ejemplo, que el Sol horrorizado de la crueldad de los Judios ocultó sus rayos por no ver á su Dios padeciendo; que penetrado de dolor retiró su luz, y él mismo se ocultó queriendo manifestar con su obscuridad que el Sol de justicia iba á eclipsarse; que las tinieblas figuraban la ceguedad en que los Judios cuanto ántes debían caer, y la que ya padecían con respecto á Jesucristo; ó que eran las señales sensibles de la cólera divina que frecuentemente es designada en la Escritura por la obscuridad del sol, por la caída de las estrellas, por la noche y por las tinieblas.

La duracion de las tinieblas de que hablamos, está precisamente notada en los tres evangelistas (2), San Mateo, San Marcos y San Lucas. Estas duraron *desde la hora sexta del día hasta la nona*; es decir desde el medio día hasta las tres de la tarde; porque los Judios dividían entónces el día, y tambien la noche en doce horas iguales; de manera que la hora sexta correspondia siempre al medio día en todas las estaciones; pero las demas horas no tenían siempre la misma correspondencia con las nuestras por la desigualdad de los días que necesariamente las hacia tambien desiguales; y así durante el invierno las doce horas del día eran mas cortas, y mas largas en el verano; mas como eso acaeció en el equinoccio y en el catorce de la luna de marzo, la hora nona viene á caer poco mas ó ménos á las tres horas despues del medio día.

Algunos padres parece haber dicho que las tinieblas se manifestaron en el momento de la muerte del Salvador; mas ese momento debe entenderse con la debida extension por todo el tiempo que corrió desde el medio día hasta las tres de la tarde. Otros dicen que duraron todo el tiempo que Jesucristo permaneció en la cruz; lo que en todo rigor no es cierto mas que para los que creen que

IV.

Notas sobre la duracion de ese fenómeno.

[1] Amos, viii. 9. Joel, n. 10. m. 15.—[2] Matth. xxvii. 45. Marc. xv. 33. Luc. xxiii. 44.

fué crucificado precisamente al medio día ó á la hora sexta, como lo nota el texto de San Juan (1); pero es mas creíble que fuese ántes, pues San Marcos (2) dice que fué crucificado á la hora de tercia, es decir á las nueve de la mañana; lo que nosotros explicamos diciendo que era casi la hora de tercia ó las nueve de la mañana cuando Pilato condenó á Jesucristo á ser crucificado. En los mas de los ejemplares de San Juan se lee que fué condenado á muerte *hacia la hora sexta*, aunque en otros mas antiguos se lee *la hora de tercia*, así tambien como en San Marcos. Despues de decretada la sentencia hacia la hora de tercia, se le condujo al Calvario, donde fué crucificado. Algun tiempo fué necesario para eso, de manera que era ya cerca del medio día cuando fué levantado en la cruz, donde quedó expuesto á los insultos y ultrajes de sus enemigos hasta la hora de sexta ó medio día, y entónces comenzaron las tinieblas que duraron hasta la hora de nona, ó tres horas despues del medio día, como expresamente lo notan los tres evangelistas ya citados.

V.
Pretendidos
testimonios
de S. Dionisio
Areopagita
relativos
á ese fenómeno.

Al presente es bien examinar lo que han dicho los paganos sobre ese grande acontecimiento. Se cita una carta (3) que se pretende ser de San Dionisio Areopagita escrita á San Policarpo, en la que responde á las imputaciones que Apolofanes su antiguo amigo le hacia de haberse servido con poca sinceridad del testimonio de los autores paganos para combatir el paganism. San Dionisio dice pues á San Policarpo, que Apolofanes debia tener presente lo que pasó cuando estaban juntos en Egipto. „Ambos estábamos, „dice, cerca de la ciudad de Heliópolis cuando repentinamente vimos „que la luna venia á reunirse con el sol (no siendo tiempo de „la conjuncion), y que en él causó un grande eclipse; y en seguida „hacia la hora nona del día la vimos de nuevo que dejó el lugar que „ocupaba cubriendo al sol para ir á volverse á poner en el lugar „opuesto á su diámetro. Se acuerda sin duda que observamos entónces haber comenzado la conjuncion de la luna con el sol por el „lado de Oriente, avanzando la luna hacia la otra extremidad del „disco solar; despues de lo cual dió la vuelta retrogradando por el „mismo lado por donde habia venido; de manera que el sol comenzó á obscurecerse y á recibir la luz por partes totalmente diversas una de la otra. Por el Oriente comenzó á cubrirse de tinieblas, „y retrocediendo la luna comenzó á alambir por el lado de Occidente; esto es lo que podrás decirle. Y tú, Apolofanes, si te „atreves, desmienteme á mí que juntamente contigo estaba presente „á este espectáculo, y que en tu compañía lo vi y lo admiré. Por „último en este momento Apolofanes como transportado fuera de „sí exclamó, dirigiéndose á mí, como adivinando lo que acaecia: „*Mi querido Dionisio, mutaciones, ó vicisitudes son esas de las cosas „divinas.*”

Tambien hay otra pretendida carta (4) de S. Dionisio á Apolofanes, ya convertido al cristianismo, en la que le habla así: „Voy á recordarte lo que pasó cuando estábamos juntos

[1] Joan. xv. 14. *Alii Cod. Ita Cantab. Vechel. Nann. Petr. Alex.* [2] Marc. xv. 25.—[3] *Dionys. Areopag. L. u. ep. 7. p. 91.*—[4] *In vita Dionysii apud. Corder. tom. 2. p. 273.*

„en Heliópolis de Egipto. Cerca de veinte y cinco años tenia yo „entónces, y tú podias ser de la misma edad. Vimos repentinamente en un día viernes cerca de la hora de sexta ó del medio día, „venir la luna á colocarse bajo del sol, y causarle un eclipse que „nos llenó de asombro; te pregunté entónces lo que pensabas de „semejante prodigio, y jamas me olvidaré de tu respuesta. Porque „despues de haberse ocultado enteramente el cuerpo del sol, cubriéndose toda la tierra de tinieblas, cuando comenzó á descubrirse „se un poco, tomamos las reglas de Filipo Arideo, y habiendo „examinado el curso de los astros, hallamos que el sol naturalmente no podia en ese tiempo eclipsarse. Tambien observamos que „la luna contra su movimiento natural, en lugar de venir del occidente habia venido por el lado del oriente á colocarse bajo el sol, „cuyo disco cubrió totalmente de manera que no dió luz alguna; y „despues retrogradó volviéndose al lado del oriente, y dejó al sol „descubierto como ántes. Entónces, ó Apolofanes, te pregunté qué juicio formabas de esta maravilla, y me respondiste: *Esas son, mi querido Dionisio, mutaciones de las cosas divinas.* Note exactamente el tiempo y el año de ese prodigio, y habiendolo combinado „do con lo que Pablo me enseñó despues, me sometí á la verdad, á „la que tú mismo tambien te has rendido felizmente.”

He aqui lo que se lee en este autor tenido por mucho tiempo por S. Dionisio Areopagita, pero que en el día es reconocido por escritor del quinto ó sexto siglo, que quiso cubrir sus escritos con la capa de un nombre tan ilustre á fin de grangearles crédito y reputacion, las que logró hasta el siglo décimo séptimo, pues los Griegos y Latinos lo han leído, tenido y citado como si fuera el mismo santo, y esto es lo que ha extendido tanto la opinion de que las tinieblas acaecidas en la pasion del Salvador fueron causadas por un eclipse extraordinario y sobrenatural; porque ¿cómo resistirse á la autoridad de un testigo ocular ilustrado y desinteresado, pues se supone en ese tiempo todavía pagano?

Pero al presente que la suposicion de esas obras está ya descubierta, la autoridad del pretendido S. Dionisio Areopagita queda reducida á la de un griego desconocido, escritor del quinto ó sexto siglo. Tambien se ha pretendido que en esa vez exclamó el mismo santo: *O el autor de la naturaleza padece, ó la máquina del universo bien pronto va á destruirse* (1). Otros le hacen decir: *Un Dios incógnito padece, ó un Dios padece sin que se le conozca; y eso es la causa de estar todo el universo conturbado y cubierto de tinieblas* (2); pero esas palabras son tan inciertas como las que acabamos de referir de Apolofanes.

El testimonio de Flegon, liberto de Adriano, merece mucha mayor consideracion (3). Este autor era pagano, y escribió la historia de las olimpiadas en diez y seis libros, desde su origen hasta como el año 140 de Jesucristo. Dice que el año cuarto de la olimpiada ducentésima segunda, que debe acabar el 33 de la era vulgar, y es el de la muerte de Jesucristo, hubo el mayor eclipse

VI.
Testimonio
de Flegon,
liberto de
Adriano.

[1] Vide *Corderii not. in ep. 7. Dionys.*—[2] *Michael Synnell. Jerusalem. L. u. Oper. S. Dionysii. p. 207. et apud Sauidam in Dionysio.*—[3] *Phleg. de Olymp. apud Euseb. Chronic. p. 108. edit. Scalig.*

de sol que se ha visto, habiendo sido tal la obscuridad, que en el mismo medio día se dejaron ver las estrellas. Añade que tambien hubo entonces un grandísimo temblor de tierra en la Bitinia, que derribó la mayor parte de la ciudad de Nicea. Eusebio, que refiere esas palabras de Flegon, pone la pasion de Jesucristo en el año diez y ocho del imperio de Tiberio, y dice haber encontrado en los antiguos monumentos de los Griegos (1), que hacía ese tiempo *hubo un eclipse de sol; que la Bitinia fué conmovida por un gran temblor de tierra, y derribada la mayor parte de la ciudad de Nicea.*

Pero como nota Scaligero (2), Eusebio se engañó poniendo en el año diez y ocho de Tiberio la pasion de Jesucristo, la que segun el testimonio de Flegon referido por él mismo, debió fijarse en el diez y nueve de esa época, porque en él cayó la primavera del año cuarto de la ducentésima segunda olimpiada que corresponde al trigésimo tercio de la era cristiana vulgar. El engaño provino de que suponía haber sido bautizado Jesucristo el año décimo quinto de Tiberio; y contando á continuacion tres años invertidos en su ministerio público, conchuye que habia muerto el año diez y ocho de aquel emperador. Confundia la época de la mision de S. Juan Bautista que fué el año décimo quinto, con la del bautismo del Salvador que aconteció en el décimo sexto de ese principe; de manera que su muerte sucedió el décimo nono del mismo, cuarto de la ducentésima segunda olimpiada, y trigésimo tercio de la era cristiana vulgar (3).

Julio Africano citado por Síncelo (4), dice hallarse referido por Flegon que en tiempo de Tiberio, en el plenilunio, acaeció un eclipse total de sol, que duró desde la hora sexta del día hasta la hora nona. El mismo pasage se lee en Eusebio (5), con la diferencia de que no se mienta á Flegon, ni se habla del plenilunio, por lo que parece truncado; pero es difícil creer que esa circunstancia se encontrara en el original, pues Orígenes (6), contemporáneo de Africano, expresamente dice no hallarse en él, y que ni Eusebio, ni S. Gerónimo, ni Filópono, ni la Crónica de Alejandría que lo citan, hacen mencion de tal cosa.

Despues de Eusebio y S. Gerónimo, los mas de los Griegos y Latinos que han tenido conocimiento de dicho pasage, han creído que su verdadero asunto fué la pasion de Jesucristo; aumentándose en gran manera esta creencia por la circunstancia del tiempo. Es verdad que Flegon dice que hubo un eclipse, aunque ciertamente lo que acaeció el día de la muerte de nuestro Salvador no pudo serlo como lo tenemos ya notado; pero es muy posible que habiendo hallado en los monumentos públicos del tiempo de Tiberio que hubo en la mitad del día unas tinieblas tan prodigiosas, que se vieron las estrellas en el cielo, y creyendo que solo podian ser causadas por un eclipse, sin examinar con mas atencion el asunto, haya asegurado que lo hubo en verdad. Con de-

[1] *Euseb. Chron. Graec.* p. 188. ed. Scalig.—[2] *Jos. Scalig. Animad. in Chronol. Eusebii*, p. 170.—[3] Véase en este volumen la Disertacion que acabamos de dar sobre los años de Jesucristo.—[4] *Synce. Chron.* p. 322.—[5] *African. apud Euseb. Demonstr. Evang.* l. vii. c. 2.—[6] *Orig. in Gen. hom.* 35.

masiada ligereza avanzó este paso; pero lo demas de su relacion no debe despreciarse estando conforme con nuestros evangelistas.

Todo esto tendrá todavia mas fuerza, siendo cierto, como pretende M. Ferrand (1), que ni hubo ni pudo haber tal eclipse de sol el año cuarto de la ducentésima segunda olimpiada; pero que si lo hubo de luna media hora despues de las tinieblas referidas en el Evangelio, muerto ya Jesucristo, y que duró casi tres horas, estando eclipsada mas de la mitad de su disco (2). De esta manera se vieron en un mismo día cubiertos de tinieblas el sol y la luna, para que se verificaran las profecías que tenian predichas ambas cosas.

Volviendo á hablar de Flegon, se forma todavia sobre su texto una dificultad considerable. Eusebio, Filópono (3) y la Crónica Alejandrina dicen claramente que el eclipse de que habla, acaeció el año cuarto de la ducentésima segunda olimpiada, que es el trigésimo tercio de la era vulgar; pero el P. Petavio (4) sostiene que ese pasage está corrompido, y que en lugar de año cuarto, debe leerse el segundo. En la edicion de su libro de *Doctrina Temporum*, impreso en Amsterdam en 1705, cita el testimonio de Filópono; pero no dice que en el mismo se lea tambien el año cuarto, sino únicamente que Eusebio y Julio Africano no ponen la muerte de Jesucristo en ese año, sino en el segundo ó tercero de la ducentésima segunda olimpiada, y que no es de presumirse que hubieran querido valerse del testimonio de Flegon, si fuera contrario á su pretension, é inútil á su asunto: de lo que concluye que leerian el año segundo, y no el cuarto de dicha olimpiada.

A eso puede responderse: Lo 1.º que en todos los ejemplares que tenemos uniformemente se halla el año cuarto, y no es lícito mudar esta leccion sin una grande necesidad, y sin sólidas pruebas. Lo 2.º cuando fuera cierto que Eusebio y Africano se enganaron en la aplicacion que hicieron de ese pasage á su sistema cronológico sobre la época de la muerte de Jesucristo, no por eso debemos abandonarlo ni mudar la leccion, pues es favorable á la que el día de hoy es mas seguida en la Iglesia. 3.º Es verdad que la version latina de la Crónica de Eusebio coloca esa época en el año tercero de la ducentésima segunda olimpiada; pero el texto griego la pone en el cuarto. O mas bien debe confesarse que en uno y otro hubo algun descuido; porque comenzando los años olimpicos con la primavera, si la muerte de Jesucristo debia fijarse en el año décimoctavo de Tiberio, seria segun la Crónica latina, al fin del segundo de la ducentésima segunda olimpiada, ó segun la crónica griega, al fin del año tercero. Mas como este acababa en el mismo año en que comenzaba el cuarto, Eusebio, que no se detenía en esos pormenores de la cronología, puso la muerte de Jesucristo el año cuarto, y refirió al mismo tiempo el testimonio de Flegon, que tambien ponía la obscuridad del sol en ese mismo año. Si hubiera leído el año segundo, habria sido enteramente contrario á su cálculo; y si hubiera leído el tercero, se habria visto obligado á decir por qué referia al año cuar-

(1) Ferrand, tom. i. p. 321. Reflexiones sobre la religion cristiana.—(2) *Vide Thoyard. Harm. Evang.* p. 131.—(3) *Philoponus, l. ii. c. 3.* p. 88. 89.—(4) *Petavius, de Doctrina tempor. l. xii. c. 21.* p. 458. Véase á M. de Tillemont, nota 35. sobre Jesucristo, tom. i. p. 474.

to un hecho que pertenecía al tercero: de donde puede concluirse que leyó *el cuarto*. Lo 4.º finalmente, Julio Africano (1) solo nota que el segundo año de la ducentésima segunda olimpiada, que computa por décimo sexto, ó mas bien, décimo séptimo de Tiberio, era cuando se completaban las setenta semanas de Daniel: no dice en qué año puso Flegon el eclipse de que hablaba, contentándose con decir que lo puso *en el imperio de Tiberio*; y eso mismo prueba que no leyó *año segundo*; porque estando esa época conforme con su cálculo, verisimilmente no la habria despreciado.

VII.
Testimonio
de Tallo,
historiador
griego.

A mas de Flegon, tambien Julio Africano (2) cita á Tallo, historiador griego, que en el libro tercero de su historia, hace mencion de las tinieblas acaecidas en la muerte de Jesucristo, y dice que fué un eclipse. Africano afirma ser eso un engaño, porque siendo la Pascua de los Judios el 14 de la luna, era imposible que entonces hubiera eclipse de sol. No sé si ese Tallo es el mismo cuyos términos refiere Eusebio, aunque sin citarlo, cuando dice haber encontrado en los monumentos griegos (3), que hacia el año cuarto de la olimpiada ducentésima segunda *se eclipsó el sol, se conmovió la Bitinia por un temblor de tierra, y se destruyó la mayor parte de la ciudad de Nicea*. Se ignora el tiempo preciso en que existió; pero S. Justino (4) y Tertuliano (5) que lo citan, creen que debió ser poco mas ó ménos de la edad de Flegon, si acaso no era mas viejo.

A los anales de este último, y á la historia de Tallo, es probablemente á donde Tertuliano (6) y el mártir S. Luciano de Antioquia (7), remiten á los paganos para encontrar la prueba de la obscuridad tan milagrosa que apareció en la muerte del Salvador. Mr. de Tillemont conjetura que Flegon y tal vez Tallo pudieron sacar lo que dicen de esa noche extraordinaria de la relacion que sobre su muerte remitió Pilato á Tiberio. Pero sea lo que fuere, nosotros no vemos prueba alguna sólida que nos obligue á abandonar ese testimonio tan relevante, tan conforme á nuestros Evangelios y cronología, y tan favorable á nuestra religion.

VIII.
Conclusion.

Mas adoptando el testimonio de esos dos historiadores, debemos decir que las tinieblas que vinieron poco ántes de la muerte de Jesucristo fueron milagrosas en su causa; que lo que Flegon tuvo por un eclipse, verisimilmente fué una gruesa costra que se formó sobre el sol, la que de suerte impidió la salida de la luz por tres horas, que las estrellas se dejaron ver en el cielo; que esta obscuridad fué general; que no debe extrañarse que no esté notada en las tablas astronómicas, pues no solamente no fué natural, sino que es tambien contrario á las leyes de la naturaleza que no está notada en ese tiempo. La hipótesis de las nubes esparcidas en el aire ó las opacidades sobre la tierra, es insostenible en la opinion que dice que las estrellas se vieron en el cielo, puesto que las nubes y la bruma habrian quitado su vista, asi como quitaban la del

[1] *Vide ejus fragment. in Demonstr. Ewang. Euseb. l. viii. c. 2. et apud Synell.*—
[2] *Ibid.*—[3] *Euseb. Chron. Græc. p. 188. ed. Scalig.*—[4] *Justin. exhort. ad gentes. Vide Voss. de Hist. Græc. l. iii. p. 417.*—[5] *Tertull. Apologet. c. 10.*—[6] *Tertull. Apo. loget. c. 21.*—[7] *Lucian. Mart. apud Rufin. hist. l. ix. c. 6. p. 149.*

sol. Finalmente, la relacion que se lee en el pretendido S. Dionisio Areopagita y seguida por muchos autores muy antiguos, es no solamente falsa y contraria á la historia, sino que encierra á mas de eso grandes inconvenientes por los milagros que multiplica sin prueba y sin necesidad.

DISERTACION

SOBRE

LA RESURRECCION DE LOS SANTOS PADRES

CON JESUCRISTO.

REFIERE S. Mateo que habiendo muerto Jesucristo en la cruz (1), *tembló la tierra, se despedazaron las piedras, los monumentos se abrieron, y muchos cuerpos de santos que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron*; y añade que *saliendo de sus sepulcros después de su resurreccion, vinieron á la ciudad santa, y fueron vistos de muchas personas*; como queriendo manifestar el Salvador, por estas señales de su poder, que habia triunfado de la muerte, y que venia á dar la vida á los que de algun modo estaban sepultados en la culpa. La abertura de los sepulcros y la vuelta de los muertos á la vida era tambien una prueba y una prenda de nuestra futura resurreccion, dice S. Gerónimo: *Monumenta aperta sunt in signum futuræ resurrectionis* (2).

Siendo interesante esta materia, y abriendo campo á muchas cuestiones curiosas, la trataremos aquí con alguna extension, examinando quiénes son los que resucitaron, cuándo, en qué forma y con qué cuerpos aparecieron; y si volvieron á morir, ó subieron al cielo con Jesucristo para vivir allí eternamente bienaventurados en cuerpo y alma. Podemos ejercitarnos en esta materia con tanta mas libertad y seguridad, cuanto que las diversas opiniones que hay sobre esto entre los padres y escritores modernos, no pertenecen á la esencia de la religion; pues todo el mundo conoce la verdad de la historia evangélica, y las dificultades no se promueven mas que sobre las circunstancias, modo y consecuencias del milagro.

No se puede sin alguna temeridad señalar con precision el número ó la cualidad de los que entonces resucitaron. El santo evangelista únicamente nos dice *que muchos cuerpos de santos resucitaron*; luego no fueron todos; y si es verdad, como pretenden algunos intérpretes, que el temblor de tierra, la rotura de las piedras, y la abertura de los sepulcros fueron cosas que solamente acaecie-

I.
Objeto y plan
de esta Diser-
tacion.

II.
Quiénes son
los que resuci-
taron con
Jesucristo!

[1] *Matth. xviii. 51. 52. 53.*—[2] *Hieron. ad Hedibian. ep. 53.*